

de un panecillo y al respeto á la propiedad sacrosanta del ladrón legal, enriquecido con el trabajo ajeno; se ha visto cómo el buen Juan se detiene siempre ante las grandes mentiras en que descansa el caserón vetusto del privilegio social y da un paso atrás cuando llega á los linderos de la verdadera obra revolucionaria, aquella que se dirige á la destrucción efectiva de enormes desigualdades y de terribles injusticias. La voz de la reacción es poderosa todavía. Ella grita al pueblo moderación, respeto, templanza; condena todos los radicalismos y pide resignación y prudencia para ir elaborando lentamente un porvenir muy poco mejor que el presente detestable. Los maestros de la charlatanería política y social conocen y manejan bien los resortes de la sencillez popular. Hablan elocuentemente á los atavismos heroicos que hacen del pobre el perro guardián del rico; despiertan los convencionalismos rancios de la honradez servil, de la lealtad humillante; y cuando la rebeldía popular estalla, la historia magnánima consigna la santa virtud revolucionaria que guarda los bancos, las grandes propiedades, los personajes del rebaño y fusila al miserable que cree llegada la hora de comer y de abrigarse. ¡Y qué cosa tan sencilla escapa á la penetración popular! En mil formas se ha dicho y nunca será bastante repetirlo: aquel famoso letrero de las barricadas republicanas estaría muy en su lugar si los revolucionarios empezaran por colgar de un farol, como suele decirse, á todos los detentadores del trabajo ajeno, políticos, propietarios, etc.

El resultado de la educación recibida por el pueblo, no puede ser sino el que queda indicado. Los idealismos quijotescos de la democracia conducen forzosamente al afianzamiento de todos los anacronismos. Son idealismos culpables que tornan ineficaz la acción revolucionaria.

En nuestros tiempos de huelgas y alborotos obreros ¿qué otra cosa se ve? Los trabajadores saben salir á la calle, poner su pecho indefenso á las balas;

lo mismo que antes, son héroes de barricada con todos los debidos respetos á la santa propiedad, á la autoridad y á las personas. Los mismos idealismos culpables siguen inspirando la conducta de las masas.

¿Y por qué los obreros que luchan por una mejora ó un ideal económico, se entretienen en reñir absurdas batallas con la fuerza armada? Allá están el burgués admirado que los explota, el político que los engaña y explota, el cura que los envenena, engaña y explota; allá están el opulento palacio que insulta la miseria de sus pocilgas, la fortaleza-fábrica donde dejaron gota á gota toda su sangre; allá está el usurero que les *alivió* una hora de miseria dándoles unos céntimos por los últimos restos del ajuar doméstico, por la última camisa ó por la última blusa.

A veces van los obreros á la puerta de las fábricas; ¿á qué? A vengar la traición de otros compañeros de hambre. El burgués tan tranquilo en su confortable vivienda. ¡Pena de muerte al *esquirol!* Y paz y respeto y consideración para el detentador del trabajo común, para el que explota, para el que envenena, para el que roba.

El fenómeno social no hizo más que cambiar de forma; los idealismos culpables continúan haciendo del buen Juan héroe legendario de la tonta honradez, de la necia lealtad que le convierten en perro guardián del amo que le azota, que le esquilma, que le mata.

Un hecho singular sobre el que es menester fijar bien la atención, es aquel que nos revela cómo todos los levantamientos populares dejan en paz al feroz usurero que trafica en el último escalón de la miseria, con los últimos restos de la pobreza. ¿Es acaso el recuerdo del hambre mitigada momentáneamente, que convierte al repugnante prestamista en alma magnánima y generosa y paraliza la acción revolucionaria del pueblo?

No, seguramente; es que el pueblo, ahora como antes, todavía no sabe más que pelear, sacrificar su vida, poner su pecho á las balas, sin que se dé